

Malvinas en la pluma y en el sentimiento de Descartes¹²³

César “Tato” Díaz

Hasta la fecha se ha hablado mucho más de lo que se ha escrito acerca de las columnas de Descartes. Se puede afirmar que, hoy por hoy, nadie ignora que detrás del apelativo filosófico, estaba la figura del general Perón. Se sabe también que la temática abordada por Descartes era preferentemente internacional, aunque es posible hacer un señalamiento útil que es, siempre con un interés nacional y latinoamericano. Las complicaciones surgen cuando el interesado ocasional o no tanto, se interpela: *¿Por qué empezó esta labor periodística?; ¿cuándo y debido a qué razón o razones dejó de aparecer la colaboración rubricada bajo el pseudónimo?* Lo cierto es que en el primer lustro de la década del cincuenta el principal matutino de la empresa ALEA, *Democracia*, insertaba todos los jueves en la tapa una colaboración titulada “Política y estrategia. Critico no ataco”. En esta oportunidad, se examinarán los artículos periodísticos que incorporaron en su discurso a las Islas Malvinas. Otros tópicos ya se han estudiado en diferentes trabajos (Díaz, 2019; 2020 y 2021).

123 Este trabajo fue escrito especialmente en ocasión de este libro, por lo cual es completamente original.

Una tapa con impacto: el medio elegido por Descartes

El ascenso político de Perón no se detendría hasta alcanzar la presidencia de la nación. Luego del 17 de octubre y con su precandidatura consolidada solo contó con tres diarios que lo apoyaban: La Época, Democracia y El Líder; todos ellos sin gran predicamento en la opinión pública. Una vez ganada la elección la tarea comunicacional no tendría descanso. El gobierno procuraría manejar la radiofonía (Arribá, 2005) y, sobre todo, la prensa gráfica que había sido sumamente antagónica con el candidato y ahora presidente. En ese sentido, conviene resaltar que, la nueva administración intentó ir captando tanto los medios de reciente aparición –Democracia, EL Líder etc.–, como los que poseían una trayectoria dilatada –Noticias Gráficas, Crítica, El Mundo– porteños y también de las provincias –El Día y El Argentino de La Plata, El Atlántico de Mar del Plata, etc. Mientras que, algunos diarios opositores que no pudo controlar, fueron inspeccionados y luego clausurados por las municipalidades, gobiernos provinciales e, incluso, por la comisión Visca¹²⁴ -La Vanguardia, El Intransigente, La Nueva Provincia, etc.- . Pero, el caso más extremo por no tener precedentes en el país fue la expropiación de La Prensa en 1951 que pasaría a manos de la CGT (Panella, 1999). En un estudio realizado (Díaz, 2021, p. 16) se ha explicitado claramente que Perón fue quien percibió la necesidad imperiosa de contar con comunicación oficial. Inquietud que, por supuesto instrumentó al hacerse cargo del Departamento de Trabajo, que luego se convirtió en Secretaría de Trabajo y Previsión (1943).

El 3 de diciembre de 1945 surge el diario Democracia. En octubre de 1946 sus fundadores venden la titularidad del mismo, siendo adquirido por Eva Duarte de Perón, después de que la primera dama fuera convencida sobre “la necesidad de tener un gran diario para el

124 La comisión Visca se conformó en 1949 en la cámara de diputados a instancias del radicalismo, teniendo una actuación polémica, numerosas veces tildada de arbitraria. La misma estuvo encabezada por el diputado José Emilio Visca.

movimiento”. Los capitales iniciales que aportaron Miguel Miranda, Orlando Maroglio y Alberto Dodero sirvieron para poner en marcha una segunda etapa del matutino, más enfocada en el lucro que en los ideales propios de su primera etapa.

A partir de enero de 1949, la editorial se reorganizó y Democracia fue dirigido por Martiniano Passo, manteniendo su vertiginoso crecimiento debido a una fisonomía acentuadamente popular, con grandes espacios destinados a la información deportiva, turfística y policial. Luego de la confiscación del matutino La Prensa en 1951, Martiniano Passo asumiría la orientación periodística y, por ende, debió abandonar la dirección de Democracia. Su sucesor en el cargo fue Américo Barrios, pseudónimo de Luis María Albamonte. Uno de los cambios periodísticos que introdujo el nuevo director fue, que el editorial que se insertaba cotidianamente en la tapa, fuera desplazado a la página 3. Otro de los “aportes”, sin duda, lo constituyó la continuidad de la principal firma con la que contaba el matutino. La confirmación se basaba en la buena relación que Barrios tenía con el general Perón. Amistad que, con seguridad, ayudó para que Descartes ratificara su participación en el medio, en 1952. El intercambio había sido iniciado por el director, a quien Descartes respondía: “correspondiendo a los conceptuosos términos con que Ud. califica mis trabajos publicados, es grato hacerle saber que en mérito de ellos –si es que alguno tienen- se debe a la imparcialidad del juicio emitido, acerca de los problemas creados a todos los países por la situación actual, sin ocultar el pensamiento que sugiere la contemplación del futuro, que es lo único previsible y lo que más debe preocupar, por eso, a los pueblos del mundo”. Obsérvese que dice a los “pueblos” y no a los “gobiernos”, a quienes el columnista solía a menudo endilgar las desdichas del mundo. Américo Barrios respondió a Descartes con palabras cargadas de admiración y reconocimiento expresando que: “en períodos de confusión como los que vivimos, en horas decisivas para la suerte de la nación y, lo que es más, del hombre mismo considerado en su condición de criatura nacida de Dios, palabras como

las de Descartes no abundan, ciertamente; diríase que no existen a veces por la falta de 'inteligencia heroica', según el aserto pascaliano, a veces por incomprensión de los hechos, generalmente por ausencia de virtudes o por gravitación de intereses, errores y pasiones tremendas. Descartes es una excepcional manifestación de esa inteligencia, que solo aspira a servir con la verdad al amor entre los pueblos y los individuos y que en circunstancias caóticas y sombrías como las que el mundo moderno comparte, es la única que puede dar luz y paz a quienes tanto la necesitan". El diario Democracia -como arriba se ha mencionado- era propiedad de Evita y de Perón, tal como él mismo lo ha explicitado en una epístola a un político trasandino: "Usted sabrá que mi gobierno sólo tiene influencia directa en el diario Democracia que, habiendo sido de mi señora, obedece a su orientación y a la mía. Es el matutino 'peronista' de mayor tiraje. Los demás diarios no están sometidos a control alguno, pues la 'libertad de prensa' impera aquí merced al postulado constitucional que cumplimos ampliamente. A veces también me pegan fuertemente a mí, pero entiendo que es un inconveniente, y forma parte de la función de gobernar" (Pavón Pereyra, 1986, p. 102). En este punto puede resultar útil consignar datos de los años 1951-1952 proporcionados por Orestes Confalonieri (1956): "un cuadro revela que circulaban mensualmente en el país 65.786.907 ejemplares de periódicos favorables a la dictadura, 28.572.950 opositores y 1.594.715 independientes" Este autor, poco afecto al peronismo, viene a corroborar que más allá de los guarismos, había circulación de información a través de la prensa gráfica. Con relación a la "orientación periodística" del medio, se puede afirmar que la dueña del medio no incidía demasiado, aunque existen opiniones divergentes al respecto. Rein (2006) expresa que Evita no solía inmiscuirse directamente en los asuntos del periódico, el cual muy pronto tuvo una circulación de decenas de miles de ejemplares [cuatrocientos mil], ni tampoco en su política editorial, una vez comprobada su alineación peronista. Empero, una de sus "intervenciones" se manifestó claramente en parte de la política de la publicación:

el trato a Juan Atilio Bramuglia. Conviene, sin embargo, en este punto precisar un aspecto. El vinculado con la faceta del ejercicio del “periodismo de estadista” (Díaz, 2020) que desempeñaba su esposo. En efecto, el presidente Perón era el responsable del Poder Ejecutivo Nacional y, al mismo tiempo, escribía una columna semanal en el matutino Democracia. Por supuesto, esta labor periodística afrontada por Perón requería de un esfuerzo significativo, por lo tanto, quien más cerca estaba de él procuraba que tuviera algún tipo de asesoramiento. Por ello, Evita, consideraba que un periodista español muy cercano a ella, colaborara con el presidente, pues no tenía apetencias políticas. De modo que, con ánimo de convencerlo le manifestó: “Descartes, créame que es tan buen periodista como usted” (Penella, 2019, p. 62). Tomando conceptos de Navaja de Arnoux (2017), Perón no solo estaba atento a los cables de las agencias informativas y a las noticias de los medios extranjeros, sino que era capaz de develar lo que se hallaba oculto o señalar los datos que había que interpolar para realizar una interpretación adecuada. Al asumir el “periodismo de estadista” es también la imagen de alguien que no se amedrenta, que es capaz de criticar a las grandes potencias, de decir con convicción su verdad, que sostiene valores en las relaciones internacionales que los poderosos han desechado. Descartes es una voz próxima al lector –nacional o internacional-, que comparte sus saberes y sus modos de decir y con el que puede establecer una profunda empatía. Con respecto a los lectores, puede conjeturarse a priori que componían un universo muy heterogéneo, pues excedían a los interpelados por el diario –trabajadores, justicialistas, funcionarios, seguidores/as de Evita, etc.–, incluyendo también a los diplomáticos, opositores y, claro está, a los lectores ocasionales. Una aguda descripción de los receptores la proporcionó el Dr. Oliva, quien ha expresado que “resulta inobjetable que los sueltos insertados en la primera plana del diario eran muy bien recibidos por los lectores, sobre todo, los obreros”; a juzgar por sus impresiones, se caracterizaban por ser “notas buenísimas, sencillas, cortas, de notable síntesis, siempre de actualidad”. En efecto,

las colaboraciones de Descartes aludían “especialmente, a cuestiones de política y estrategia, pero en un tono muy coloquial, basado en el refranero popular. De este modo teníamos a un lector que de pronto se sumergía en cuestiones muy delicadas de la vida de las naciones tratadas didácticamente y sin perder profundidad” (Oliva, comunicación personal, 2008). He ahí precisamente el alto valor periodístico de las notas que, no por tratar temas que podrían reputarse de alta complejidad como es el caso de las relaciones internacionales, pues involucran a distintas naciones, lenguas, culturas, tradiciones y por lógica consecuencia intereses, tienen que resultar inaccesibles al gran público lector de diarios (Díaz, 2019). La administración justicialista procuraba captar a todos los sectores, incluyendo este nuevo público lector que se fue conformando en las décadas anteriores. Por ello, toda la política cultural del gobierno buscaba incorporar, consumidores culturales habituales en aquellos que antes estaban marginados de tales bienes, al menos en escala masivas. Dentro de esta búsqueda de incorporación cultural, el obrero sería uno de los focos a los que se dirigía el gran aparato propagandístico, en el cual se fijaban normativas respecto de los mensajes que deseaban transmitirse, así como de la selección de temas y figuras (Lavallén Ranea, 2016, p. 228).

El contexto y los textos

Sin temor a exagerar se puede expresar que el gobierno peronista fue el más hostilizado por los EEUU en América del Sur. No obstante, de igual modo es posible afirmar que durante varios años la Argentina sostuvo una firme y clara política exterior cuyas características principales emanan de lo escrito por un avezado periodista español, quien supo colaborar con el presidente y, sobre todo, con su esposa. Penella Silva (2019), ha manifestado que Perón: *“Opina que, en lo exterior, la política de la Argentina tiene que ser de signo contrario a los imperialismos, absorbente el uno y de descomposición el otro. Me*

ha dicho que en lo humano su actitud tiene que ser cristiana; en lo mundial tiene que ser continental o americana; en lo continental tiene que ser hispanoamericana; en lo hispanoamericana tiene que ser sudamericana... «y siempre, apasionadamente, argentina». Efectivamente, la “pasión” complementada con una convicción doctrinaria, fue quizás el basamento que difundió la Tercera Posición por todo el globo y, la prédica periodística de Descartes, ayudó en la transmisión del mensaje. Por supuesto, el presidente Perón hizo lo propio en cuanto oportunidad tuvo. Por caso, en el mensaje inaugural de las sesiones del Congreso Nacional, el 1° de mayo de 1950, donde expresó: *“En el orden político, la Tercera Posición implica poner la soberanía de las naciones al servicio de la humanidad en un sistema cooperativo de gobierno mundial. En el orden económico, la Tercera Posición es el abandono de la economía libre y de la economía dirigida por un sistema de economía social- al que se llega poniendo el capital al servicio de la economía. En el orden social, la Tercera Posición entre el individualismo y el colectivismo es la adopción de un sistema intermedio cuyo instrumento básico es la justicia social. Ésta es nuestra Tercera Posición, que queremos al mundo como solución para la paz”*. Va de suyo que mantener este ideario no fue tarea fácil, ni tampoco difícil, conseguir detractores, como es el caso de Zanatta (2013), quien ha manifestado que: *“Perón habría podido pensar en dar marcha atrás: diluir la tercera posición, aplacar el impulso expansionista y hacerse en el mundo occidental un lugarcito compatible con los recursos de que el país podía disponer [...] la Tercera Posición no era una política como cualquier otra, que Perón pudiera desechar de un día para otro sin afectar la íntima estructura de su poder; era la doctrina a través de la cual se expresaba el “destino manifiesto” de los argentinos”*. La casi ridícula ironía de procurar trazar una analogía con el apotegma yanqui del “destino manifiesto argentino”, esgrimida por el autor italiano, obedecía en realidad a la firme convicción de Perón de no permitir que el “panamericanismo” absorbiera a la Argentina justicialista que contraponía al “panlatinoamericanismo”. El nuevo clima de Guerra

Fría dictaba un esfuerzo para no dividir el hemisferio y por lo tanto, la Argentina pudo participar en la Conferencia Interamericana para el mantenimiento de la Paz y la Seguridad, que se celebró en Río de Janeiro, en agosto de 1947. El objetivo central de esta Conferencia era abordar la cuestión del Tratado de Defensa para el hemisferio previsto ya en el Acta de Chapultepec. Espoto y Zabala (2010) han señalado que la Cancillería argentina, a través de Bramuglia, mostró flexibilidad en las negociaciones políticas con los EEUU. Si bien es cierto que la delegación argentina no adoptó una postura obstruccionista, tampoco desempeñó un rol de pasivo seguidismo. Expuso francamente sus puntos de vista no siempre coincidentes con los de Norteamérica y logró imponer varios de sus criterios. Con todo, se puede asegurar que varios fueron los aportes del jefe de la Cartera de Relaciones Exteriores argentina, quien sostendría que debía incluirse un explícito “repudio” a la guerra y aplicar la “solución pacífica de controversias” para el caso de conflictos locales. Asimismo, incorporó la solicitud de establecer una diferenciación del procedimiento a aplicarse en caso de conflicto entre países americanos. Pero, el aporte más significativo por la temática de este capítulo fue que Bramuglia, defendió la inclusión en la zona de seguridad de nuestro país, aquellos territorios que pertenecían a su soberanía: Islas Malvinas, Georgias, Sandwich del Sur y sector Antártico Argentino (Cafiero, 1996, p. 47). En realidad, la estrategia en que cada gobierno aborda las relaciones territoriales constituye un importante elemento a tener en cuenta a la hora de analizar sus relaciones internacionales. En el caso argentino, la problemática de las Islas Malvinas es clave para comprender los lineamientos de la política exterior en el periodo aquí propuesto. A propósito de la misma, puede resultar de utilidad recuperar la postulación presentada por Bramuglia en marzo de 1948, cuando se reunió en Bogotá la Novena Conferencia Hemisférica. En el intento de afirmar su hegemonía y en momentos donde la guerra fría se encontraba en pleno desarrollo, la delegación de los Estados Unidos debió enfrentar la reticencia de la Argentina [...] en definitiva, quedó aprobada la

Carta de la Organización de Estados Americanos (OEA), prosperando la propuesta de Argentina que impugnaba la denominación de “asociación”, en el entendimiento de que tal concepto implicaba una subordinación de las soberanías nacionales (Rapoport, 2015, p. 138). Así las cosas la Argentina soportaba fuertes presiones internacionales para que ratificara el Tratado Intercontinental de Asistencia Recíproca (TIAR) firmado en Brasil en 1947, a las que atemperaba aduciendo que amplios sectores de la oposición política vernácula –izquierda y radicalismo- fustigarían sin piedad la convalidación, acusando a la administración peronista de connivencia con los EEUU. Frondizi, sentenció: *“el resultado final del asunto Braden o Perón ha sido el triunfo de Braden, y ahora tendremos guerra o paz según lo decidan los estadistas o militares norteamericanos”* (Rapoport y Espiguel, 1994, p. 89). De hecho, en 1950 a escasos días del inicio de la guerra de Corea, la Cámara de Diputados refrendó la aprobación deL TIAR. Por supuesto, la dilación en la firma ha motivado a ciertos estudiosos a cuestionarla: *“así como la inclusión de las Malvinas y la Antártica de la zona de seguridad del TIAR sirvió de excusa para la ratificación del Tratado de Río, la neutralidad norteamericana respecto de la cuestión Malvinas, proclamada mucho tiempo antes y reiterada en Río, sirvió de excusa para no enviar tropas a Corea no muchas semanas más tarde: después de todo, y como todo el mundo sabe, un líder carismático no tiene necesidad de exhibir la coherencia que se le exige a un simple mortal”* (Escudé, 1988, p. 14). Hacia fines de 1950, y mientras las negociaciones económico-diplomáticas en curso llegaban progresivamente a un punto muerto, surgían nuevos hechos y puntos de conflictividad en las relaciones bilaterales. Del lado norteamericano, la negativa al envío de tropas a Corea por parte del gobierno argentino y la ratificación de la Tercera Posición marcaron el resurgimiento en los EEUU de una campaña de críticas, tanto de sectores liberales -que atacaban a Perón como antidemocrático- como de sectores anti-comunistas que consideraban al nacionalismo argentino, haciéndole

el juego al comunismo, calificando a la Argentina como un foco del “neutralismo” (Rapoport y Espiguel, 1994, p. 102).

El presidente comunicador

Sin duda, el general Perón consideró indispensable para el tratamiento de la política exterior nacional, adoptar una metodología discordante con la diplomacia convencional. De ahí que, haya creído que había llegado el momento de actuar desde un sitio poco común para un Jefe de Estado. De manera que pergeñó un plan alternativo o, dicho de otro modo, complementario al de la Cancillería. En rigor, resolvió comunicar a través del diario Democracia las ideas que habitualmente transmitía en conversaciones oficiales con funcionarios extranjeros, conferencias y actos políticos, decisión que, con seguridad, ofrecería resultados sugerentes. Naturalmente, el asumir la tarea periodística obedecía a un minucioso plan que poseía disparidades particularidades. Por caso, podría decir cosas que como Primer Mandatario le estaban vedadas. Por otro lado, como ya ha quedado comprobado, la llegada de Getulio Vargas a la presidencia del Brasil (31/1/1951) ofició como un fuerte impulso para tomar la pluma. La iniciativa de formar un bloque desde el Sur del continente, entre Argentina, Brasil, y Chile (ABC), sumada a la propagación de las “virtudes” de la Tercera Posición, en una columna rubricada por un apelativo, entrañaba una interesante voz para oídos bien predispuestos (Díaz, 2019, 2020). Ahora bien, una tarea de esta magnitud, no solo requería que el columnista estuviera muy bien informado, sino que también, poseyera rasgos intelectuales bien definidos. El pensador oriental Methol Ferré (2015), ha sabido describir minuciosamente esa faceta de quien fuera tres veces presidente argentino: *“Perón perteneció a la rara y tan necesaria estirpe de ‘políticos intelectuales’ y fue plenamente consciente del proceso histórico en que su país estaba inserto. Los ‘políticos intelectuales’ son fruto y a la vez respuesta en*

tiempos históricos de grandes cambios. Pues de lo contrario, en tiempos normales, alcanza con el compartir los supuestos más convencionales del status quo. Solo cuando se vuelve necesario replantear todo radicalmente y el saber convencional se ha vuelto ceguera y obstáculo, es que vienen los ‘políticos intelectuales’ que pueden tener los más diversos y opuestos signos. Como Sarmiento y Alberdi, Lenin y Mao, Bolívar y Haya de la Torre”. Existen testimonios de personas que supieron frecuentarlo, quienes ponderan sus cualidades. Uno de los más singulares, dado que es una entrevista realizada en la cárcel –periodista y entrevistado estaban presos por la Revolución Libertadora-. Gobello, el primero, y Vuletich, el reportero, quien proporciona rasgos de Perón: “*lo más admirable es su lucidez, su lógica perfecta, su manera impecable de razonar. [...] De Descartes sabe una enormidad. En su biblioteca tenía un gran panel exclusivamente dedicado a Descartes y a sus comentaristas*” (Olivieri, 2002). Lo cierto fue que, se tardó algunos meses en develar la incógnita de quién estaba detrás del pseudónimo escogido por el primer magistrado. Tarea que contaría con expertos norteamericanos, quienes pudieron determinar, no sin vacilaciones, que el propio Perón era quien escribía los artículos que aparecían publicados encuadrados con una línea zigzagueante desde un miércoles 23 de enero de 1951, en la primera plana de *Democracia* jueves tras jueves durante 89 entregas.

Malvinas: una cuestión sobre la que Descartes no dudó

No había transcurrido un mes desde que el novel periodista participara en el diario, cuando publicó un artículo en el cual Malvinas constituía un elemento decisivo de su análisis. La primera contribución al tema fue publicada bajo el título de “Anticipo para la historia”. Allí el opinador con prosa zumbante informaba a los incautos que dada las mentiras, falacias y tergiversaciones se tendrían que publicar dos libros sobre la guerra de Corea: “Las Causas” y “Los Pretextos”.

Descartes, por supuesto, aludía a los dos colosos de aquellos tiempos y expresaba que: “Rusia, que pretende ser el campeón de la defensa de la paz, ha agitado a todo el mundo comunista tras una misma paloma estilizada, realizando congresos, mítines, conferencias y reuniones pro paz”. Mientras que al otro protagonista le señalaba, no sin razón, que: “la UN, con su secretario a la cabeza, no hace otra cosa que declamar la paz y ensayar su defensa en nombre de los ‘pueblos libres’ del mundo”, rematando su reflexión con una carga no desprovista de sarcasmo: “a quienes nadie ha consultado, porque si lo hiciera se llegaría a la triste conclusión de que ellos, los pueblos, son los únicos pacifistas, a pesar de que sus gobernantes — embarcados en la defensa de intereses disfrazados de ideales — los arrojarán desaprensivamente al “matadero”. En otro pasaje de su escritura afirmaba sin cortapisas que se trataba de “una guerra en defensa de la paz” y seguidamente calificaba a los contendientes valiéndose de una suerte de lo que podría denominarse, “conceptos cruzados”: “Rusia, que llama a su régimen ‘democracia popular’, y los occidentales, que se declaran proletarios de ‘los principios democráticos’ y de la libertad”. Indudablemente, estos gobiernos, no podrían efectuar una consulta a los pueblos, pues serían repudiados por su doble discurso”. Con posterioridad, deslizaba que no se trataba de un conflicto de ideologías y ponía de ejemplo a la Argentina con su gobierno justicialista que había llegado pacíficamente al poder, apelando a una serie de preguntas retóricas para dejar al descubierto el juego de intereses: “Vivimos una época de usurpadores, desde que los que gobiernan hacen en nombre y representación de los pueblos precisamente todo lo contrario de lo que los pueblos quieren. Y si Rusia quiere ser comunista, ¿qué nos importa a nosotros? ¿Es que acaso podremos hacer creer a alguien que vamos a hacer matar 50 o 100 millones de hombres para que los rusos, que nunca fueron libres, disfruten de una libertad que a lo mejor no quieren?”. Llegado ese punto de su razonamiento arremetía con interpelaciones que, en el caso de los argentinos, contenían una sola respuesta: “¿Es que alguna vez ha habido un mundo libre? ¿Po-

drían decir eso Polonia, Rumania, África, Malvinas, Puerto Rico y cientos de pueblos más?” para culminar en tono de denuncia pública que “los justicialistas comprendemos bien estas cosas porque por el delito de serlo, en nuestro país, en nombre de esa libertad, se nos ataca embozada o abiertamente, desde todas las posiciones, ya sea por los comunistas como por los capitalistas y sus gobiernos” (22/2/1951). Durante el mes de marzo tuvieron gran impacto los preparativos para la Conferencia de Cancilleres que se desarrolló en Washington desde el 26 de marzo al 7 de abril de 1951. El diario Democracia destacó un corresponsal exclusivo, Carlos Nobarro, quien enviaba sus informaciones y eran insertadas en la tapa todos los días que duró el cónclave. En uno de esos envíos el cronista detallaba aspectos muy relevantes para la política exterior argentina: “es lógico asegurar, como lo indica la clara posición de la Argentina, México y Guatemala, que las naciones americanas no han aceptado en momento alguno el deber jurídico o político de rechazar la agresión que pudiera registrarse en el ‘hemisferio occidental’ [Europa], a menos que tal agresión se dirija contra un miembro del sistema regional americano. La insistencia de imponer una ambigua fórmula desacreditada es más absurda si se considera que hoy mismo, el grupo encargado de la redacción definitiva del proyecto, aceptó plenamente las observaciones argentinas y reemplazó en todas partes ‘hemisferio’ por ‘continente’, utilizando con propiedad la terminología del tratado de Río de Janeiro” (5/4/1951). Una vez terminada la conferencia, Descartes creyó conveniente echar luz sobre algunas cuestiones y con tono crítico calificó a ciertos ataques como: “la simulación o la forma infamante de la agresión”. La cual, a juzgar por la opinión del colaborador, había sufrido modificaciones en los últimos tiempos: “la agresión armada no es hoy la única forma de agredir. Se agrede económica y políticamente, por medio de la propaganda y la diplomacia. Una verdadera agresión es un boicót o bloqueo económico; un plan de ayuda dirigido a perjudicar a un país; la intervención grosera de un embajador y su embajada para provocar conflictos internos o revolu-

ciones en una nación, como asimismo la acción coordinada y oficial de las embajadas de un Estado para, por medio de una propaganda falaz y malintencionada, denigrar a otro en el mundo entero”. Párrafos más adelante, ejerciendo el “periodismo de estadista”, denunciaba que: “hay países que han hecho un sistema del engaño, hasta llegar a engañarse a sí mismos. Para ellos, la libertad, la justicia y la democracia es suficiente que diariamente sean mencionadas por los diarios y transmitidas al mundo por sus agencias de noticias”. La lapicera del periodista¹²⁵ dejó correr sus pensamientos con el fin de objetar severamente, la posición adoptada por los EEUU en las diferentes cumbres internacionales. Para ello recurrió a la historia muy bien conocida por los rioplatenses: “los argentinos conocemos mucho acerca de las diversas formas de agresión. Hace bastante más de un siglo que supimos las amenazas y soportamos la agresión en todas las formas imaginables. Pero, a pesar de que a los países americanos no parece haberles preocupado nunca estas agresiones, ni cuando fuimos atacados y despojados de parte de nuestro territorio por una nación extracontinental que nada tiene que hacer aquí, estamos dispuestos, y así nos hemos comprometido, a unirnos a los demás para repeler una agresión contra el territorio continental americano”. Con esta contundente crítica por el silencio guardado por Norteamérica frente a la usurpación de las islas Malvinas, Descartes ponía en alerta a todo el continente suramericano sobre cuál podría ser el precio de no sostener políticas exteriores claras y recíprocas. A escasas dos semanas de la colaboración anterior, el periodista oculto tras el pseudónimo filosófico, insistía con la temática. Acaso, escudándose en que los agentes del gobierno estadounidense aún no habían podido develar quién era, continuaba criticando las políticas asumidas por los EEUU. En el artículo “Solidaridad continental”, el autor, procuraba definir qué entendía por esos términos: “cuando se habla de “solidaridad continental”, el sentido de la reciprocidad adquiere carácter colectivo y, en consecuencia, las obligaciones pasan a ser multilaterales”. El razona-

125 Perón enviaba en ciertas oportunidades, sus colaboraciones manuscritas.

miento de una densidad argumentativa digna de encomio, retomaba la problemática de la invasión inglesa para señalar que: “en 1833 se produce el ataque a las islas Malvinas por fuerzas británicas y su ocupación violenta. Desde ese momento, la nación más poderosa de América ha apoyado el despojo, pese a la doctrina Monroe”. Centralizaba su denuncia en la quietud del país norteamericano, al tiempo que, apuntaba nítidamente que la Argentina sostenía una política exterior coherente y permanente en cuanto foro internacional: “en Bogotá, Río de Janeiro y cuanta conferencia se realiza, aparece este problema presentado por la Argentina, sin que siquiera se haya conseguido un apoyo moral. Termina de realizarse la reunión de cancilleres en Washington y, una vez más, con idéntico resultado y la consabida abstención norteamericana, la Argentina ha mentado su justo pleito en procura de solidaridad continental”. Como la consistencia del discurso iba alcanzando un nivel imposible de rebatir, Descartes creyó oportuno, para elevar aún más su prédica, interpelarse: “¿cuál deberá ser el estado espiritual del pueblo argentino, cuando se le insinúa la exigencia de hacer matar a sus hijos y destruir sus riquezas, para repeler una agresión al continente americano, que puede producirse en Asia o Europa? ¿No recordarán instintivamente los argentinos que hace pocos días, en una conferencia de cancilleres americanos, se les ha negado un voto —un tanto lírico— en defensa del sagrado derecho de reivindicar su territorio despojado por un país extracontinental? ¿Podría el gobierno argentino, a espaldas de su pueblo agraviado por la ingratitude y la injusticia, contraer compromisos unilaterales?”. Y para culminar, se respondería, en un tono socarrón: “evidentemente, hay contestaciones que más vale ni ensayarlas” (26/4/1951). Después de esta colaboración, el presidente comunicador, no retomó el tema Malvinas en la larga saga. Sí continuó fustigando a ambos imperios a los que calificaba como “la cortina de hierro” o “la cortina del dólar”, además de buscar infructuosamente la formación de un bloque Austral con Brasil y Chile (Díaz, 2020). Recién el 10 de julio de 1952, el tema Malvinas resurgió en un artículo de su autoría. En efecto, con

un decidido sesgo pedagógico en la nota titulada “La política internacional y la justicia”, procuraba ilustrar a sus lectores acerca de la verdadera naturaleza de la política, en este caso internacional. Argüía que quien opacaba todo eran las ambiciones egoístas de ciertos países, pues: “no hay política nociva ni engañosa; hay hombres malos y mentirosos”.

Luego de la formulación de esta suerte de sentencia, trataba de advertir a sus lectores que: “en medio de este innominable panorama, ninguna voz sincera se levanta, como no sea la de los pueblos, para condenar el intento de destruir al mundo. La propaganda miente, inventa, deforma y las industrias armamentistas tratan de armar a los pueblos para impulsarlos a la lucha”. Con posterioridad y con inculcable alusión al gobierno encabezado por el general Perón, quien había asumido por segunda vez el 4 de junio de 1952, anotaba particularidades que suelen pasar desapercibidas para la opinión pública nacional y/o internacional: “si un país resuelve con doctrina propia y dentro de sus fronteras los problemas que agitan al mundo, es un réprobo y totalitario porque no se encadena al “mundo libre”. Su gobernante, aunque sea elegido por el 75% de la población, es un dictador y enemigo de la democracia. Si no acepta que sus hijos vayan a morir por causas abominables, en guerras arbitrarias y equivocadas, es que no coopera con la libertad. Si defiende el precio de su producción y no permite la explotación de su pueblo, es un peligro para la democracia. Si un país es pacífico y se resiste a obedecer a la presión de los belicistas, pasa a ser un provocador. Si no quiere ser enemigo de nadie, se lo sindicaba como imperialista y enemigo de todos. Si no pretende nada de nadie, se busca que los demás lo pretendan de él. Si tiene prensa que no se vende, es dirigida y entonces totalitaria”. Respuestas todas que indicaban las injustas acusaciones que se esgrimían contra la administración peronista. En este punto de la narración, Descartes, iba a fondo con su firme intención crítica y exponía la verdadera intención yanqui de pretender que los países del continente adhirieran a la estrategia hemisférica, en lugar de la continental que defendían

la Argentina, México y Guatemala. Pero, basándose en la falta de reciprocidad en la cuestión Malvinas: “la solidaridad trasnochada de nuestros días es una cosa que sonará siempre como un escarnio para los argentinos. Nuestra historia es testigo que, frente a la indiferencia de muchos, con la anuencia y la simpatía de otros, países extracontinentales invadieron en 1806 y 1807 nuestro país, ocuparon las Malvinas, sitiaron a Buenos Aires, atacaron nuestros ríos interiores y aún hoy, con la complicidad de los principales demandantes de nuestra solidaridad, mantienen pretensiones sobre sectores de territorios de neta y limpia soberanía argentina”. Cerrando su fundamentación, con un decir popular al cual era muy afecto: “¡Y nosotros, para disfrutar de la gloria del perro, deberíamos lamer su mano!”. Este artículo publicado a pocos días del fallecimiento de Evita fue el último que se refería a las Islas del Atlántico Sur. Es posible que el presidente comunicador al tener que asumir responsabilidades que llevaba adelante su esposa y sumado al fracaso de la creación del bloque Austral con Brasil y Chile, creyera conveniente retirarse de la arena periodística. Aunque, se debe anotar que recién el 31 de junio de 1953 tomaría por última vez la pluma para escribir su columna en el diario Democracia. Bajo el título de “nuevos rumbos”, Descartes, informaba a sus lectores que la Argentina adoptaría una política exterior diferente, pues con la visita de Milton Eisenhower –hermano del presidente estadounidense- ratificaba futuros entendimientos económicos financieros con la potencia del norte.

Referencias bibliográficas

- Arribá, S. (2005). El peronismo y la política de radiodifusión 1946-1955). En MASTRINI, G. Mucho ruido, pocas leyes. Economía y políticas de comunicación en la Argentina (1920-2004) Buenos Aires, La Crujía, pp. 71-100.

- Cafiero, A. (1996). La política exterior peronista 1946-1955 sobre la falacia del 'mito aislacionista'. Buenos Aires, corregidor.
- Confalonieri, O. (1956). Perón contra Perón. Buenos Aires, Ed. Antigua.
- Díaz, C. (2019). Descartes, un singular periodista. En Red de Estudios del Peronismo. Actas del VI Congreso de Estudios sobre el Peronismo (pp. 1-23). Recuperado de <http://redesperonismo.org/articulo/descartes-un-singular-periodista>
- Díaz, C. (2020). Descartes y el periodismo de estadista. Una interpe-lación a Vargas y la opinión pública internacional (1951-1953). Animus. Revista Interamericana de Comunicação Midiática. V. 19, N° 39, primer semestre, pp. 1-21. Universidade Federal de Santa María, Santa María do Sul. Brasil. E-ISSN 2175-4977. DOI: <http://dx.doi.org/10.5902/2175497744166>
- Díaz, C. (2022). Sarmiento y Perón. Dos casos de “periodismo de es-tadista”. Animus. Revista interamericana de Comunicação Midiá-tica. v.21, n.46.”
- Escudé, C. (1988). “Crónicas de la tercera posición. La ratificación argentina del TIAR en junio de 1950”. Todo es Historia, N° 257 (nov.).
- Espoto y Zabala (2010) en: Simonof, A “La argentina y el mundo fren-te al bicentenario de la revolución de mayo. Ed. Edulp. La Plata.
- Lavallén Ranea, F. (2016). Rescatando lo perdido. Universos intelectuales y representaciones del pasado en el marco de la tercera po-sición (1947-1955). Buenos Aires Biblos.
- Methol Ferré, A. (2015). Perón y la alianza argentino-brasileña. Cór-doba, Ediciones del Corredor.
- Navaja de Arnoux, E. (2017). Dispositivos argumentativos de arti-culación de lo general y lo particular: A propósito de Descartes (Juan D. Perón) en Democracia (1951-1952. En: E. Narvaja Arnoux y M. Di Stefano. Discursividades políticas: entorno de los peronismos (pp. 33-70). CABA: Cabiria.
- Olivieri, M.H. (2002) José Gobellos, Buenos Aires, Corregidor.

- Panella, C. (comp.) (1999). La prensa y el peronismo. Crítica, conflicto, expropiación, La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación.
- Pavón Pereyra, E. (1986) Diario secreto de Perón. Buenos Aires, Sudamericana - Planeta.
- Penella de Silva, M. [M. Penella Heller Introducción, notas y epílogo] (2019). Evita y yo. La verdadera historia del libro de Eva Perón. CABA: Emecé Editores.
- Rapoport M. (2015). Historia oral de la política exterior argentina (1930-1966). CABA, Editorial Octubre.
- Rapoport, M. y Spiguel, C. (1994). Estados Unidos y el peronismo. La política norteamericana en la Argentina: 1949 – 1955. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Rein, R. (2006) Juan Atilio Bramuglia: bajo la sombra del líder. la segunda línea de liderazgo peronista. Buenos Aires, ediciones Lumiere.
- Zanatta, L. (2013) La internacional justicialista. Auge y ocaso de los sueños imperiales de Perón. Buenos Aires, Sudamericana.